

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit Fr. Gerundii
chordam esse aliam quam cin-
gulum suum, unicum verum,
anathema sit.*

Si alguno dijere que la cuerda de Fr. Gerundio es otra que su cordon, católico, político, sagrado, único verdadero, le añusgo con él sino hay quien me contenga.

CONC. 2. GERUND. CAN. 5.

CUERDAS, CORDON Y CORREAS.

Cada periodista tiene su cuerda; Fr. Gerundio es periodista, luego Fr. Gerundio tiene su cuerda. El silogismo parece concluyente y capaz

de convencer á un toro de Veraguas. Pero como estamos en unos tiempos en que los silogismos se han declarado en quiebra, y la lógica se ha hecho una pícara alcabueta, tramposa, llena de maulas, y que hace vida con todos, el silogismo de la cuerda respecto de Fr. Gerundio *fallit in equo*, como dijo el otro. Que cada periodista tenga su cuerda, en la cual escribe, lo creo, porque lo dicen ellos: y en verdad que no sé como se les compone escribir en cuerdas; escribe Fr. Gerundio en papel blanco y aun así muchas veces no entienden su letra los cajistas, y por leer *ministro* leen *menestra*.... pero ellos se entenderán como se entendían los indios anteriores á la conquista por medio de las cuerdas llamadas wambús que suplían á la escritura; aunque esto es bastante retrógrado y ultramarino. ¿De que serán las cuerdas en que escriben los hermanos periodistas? decia yo muchas veces para mi capilla. Deberán ser unas de algodón, que serán las que llaman cuerda floja, otras de tripa que será la tirante, y otras acaso de alambre y elásticas, que serán las de los escritores de tira y afloja.

Díjeme pues un dia á mi lego. Tirabeque, trae acá ese violín viejo que está en la alcoba de mi celda. Le traje, y le acomodé unas cuerdas: la prima la apreté de firme, la dejé bien tirante, y escupí la clavija para que no se flojara. La segunda la dejé floja, y las otras dos en un temple incierto. El resultado fue que la floja no

sonaba, las otras dos desafinaban, la tirante saltó, y el violín se hizo añicos. ¿Qué hice pues? Cojí las cuerdas, las tejí bien tejidas, hice de trecho en trecho unos nudos, y el todo produjo un cíngulo, un cordón, este cordón santo y bendito, este cíngulo gerundiano, con el que pienso arrear á los ronceros, sujetar á los debocados, y meter en paso á los que corren con desigualdad. Ya veis, hermanos, como Fr. Gerundio no es escritor *de cuerda sino de cordón*: y que su pensamiento es hacer de todas las cuerdas un solo cordón fuerte, apretado, ñudoso, bien acondicionado: el pensamiento está también lleno de nudos y dificultades, pero por lo mismo es más digno de un Fr. Gerundio: y creedme, hermanos míos; si de todas las cuerdas no se hace un solo cordón fuerte, duro, apretado y ñudoso, si los escritores y el público siguen unos flojando la cuerda, y otros tirándola, y otros desafinando, sobre armar una música insoportable, la cosa tornará como el violín viejo de Fr. Gerundio.

His non obstantibus, esto no embargante, Fray Gerundio además tiene *correas* de varias clases y condiciones: tiene *correa* para oír que dicen que en Madrid no se podrá conservar imparcial, porque le ganará algún partido, porque se doblará á influencias de los amigos ó del poder, porque ya le han visto acompañado de dos moderados, porque le vieron paseando con tres exaltados, porque le visitan los de la oposición, porque se fa-

miliariza con los ministeriales. Y Fr. Gerundio tiene *correa* para sacudir á los que tal y tan ligera y puevilmente juzgan; porque tiene *correa* para admitir en su trato privado al moderado A, y al exaltado B, y si se quiere hasta al carlista F, si es hombre de paz y obediente á las leyes; porque Fr. Gerundio es el hombre mas tolerante en materia de opiniones, asi como es el mas intoleroante en los abusos de ellas; y tiene *correa* para sacudir el bilago á estos mismos si tratasen de influir en su marcha pública, y tiene *correa* para zurrar á quien intentára ganarle, y tiene *correa* para alumbrar á quien tal piense.

Et habet quoque corream, y tiene á mayor abundamiento *correa* para oír decir que dicen, que escribe resentido porque no le han dado tan alto destino como él queria; y tiene *correa* para oír decir que dicen, que escribe para comprar despues otro destino mas alto á precio del silencio. Y tendria *correa* para aceptar mañana una porteria si en necesidad se viese, y tiene *correa* para no admitir hoy una direccion general, si Dios le favorece con salud, y el público con sus suscripciones. *Et habet etiam corream*, y tiene ademas *correa* para vapular á quien otra cosa de él á decir ó escribir se atreya.

En resumen, Fr. Gerundio á mas de las mangas y la capilla, de que hará el mismo uso que hasta aquí, tiene un cordon, tejido de todas las cuerdas, con el que arreará ó enfrenará á los que

crea *desarrollados*; y tiene *correa* para sufrir y *correa* para no sufrir. Hé aquí, hermanos, una profesión de fé, hecha poco menos que á latigazos.

LA TOS Y EL SUEÑO

DE LA FELICIDAD.

Señor, ¿á que no sabe vd. de donde vengo?
—Del infierno habias de venir. Ya empiezas á jugarla, Tirabeque, y esas salidas *estemporáneas* te han de perder. ¿Sabes que en Madrid necesita poco un lego para perderse? ¿Donde has ido, hombre, donde has ido con el calor que hace?
—No se enfade, señor, que no vengo de parte á donde peligre el voto mas delicado que hacemos. Vengo del Senado, señor.—Eso es otra cosa. Bien: ¿y qué has visto allí?—¡Ah señor! ¡Aquello si que está serio! Todos parecen provísores. Allí hay mas *indignidad* que en el Congreso.—Dignidad querrás decir, hombre.—Si señor, dignidad. Allí no se oye hablar mas que á uno; los demas todos callan y escuchan como yo. Da gusto estar allí, señor. Yo de buena gana hubiera estado mas tiempo.—Pues hubieras estado: puesto allí, yo no te hubiera dicho una palabra, aunque hubieses ta-

dado un poco mas.—Yo le diré á vd. Me dió gana de toser y me salí por no despertar con la tós á dos Senadores ancianos, que dormían como unos niños: me daba gusto verlos, y sentía despertarlos, señor. Se me figura que el sueño de un Senador debe ser un sueño muy dulce. Ya se ve; el que menos ha de tener treinta mil reales de renta.....—Tu sí que me parece á mi que has dormido, y que todavía estás soñando. ¿Con que habían de estar durmiendo en el Senado, majadero? ¿Les oíste tu roncar por ventura?—Roncar, no señor: por eso le digo á vd. que deben tener un sueño muy dulce. Pero en cuanto á dormir, juraría que dormían, señor.—Calla, calla, simple: aprensiones tuyas.—Señor, ellos no dormirían, pero la verdad, cualquiera diría que dormían. Bien que aquí en este Madrid parece que todo hay que entenderlo al revés.

NI PALABRA MALA NI OBRA BUENA,

Ó UNA AUDIENCIA MINISTERIAL.

Vamos, Fr. Pelegrín; ya has visto como da audiencia un ministro. Con que si yo te dijese ahora que pintáras al vivo una audiencia ministerial, ¿cómo trazarias aquel cuadro?—Señor, en

primer lugar llamaria un buen pintor que lo hiciera, aunque me costára pagarle bien.—Grandemente, hombre! Tienes unas salidas... como de Tirabeque.—Señor, tambien tiene vd. unas entradas... como de Fr. Gerundio. Y desengãñese vd. mí amo, que mientras los hombres se metan á lo que no entienden, siempre andará la cosa á la virlonga. Yo soy franco; no entiendo mas de pinturas sino que el color encarnado es mas alegre que el negro, y ahora me queria vd. meter á pintor.—Válgame Dios, Tirabeque, qué material eres en todas tus cosas! Cuando yo te *apunto*... —Señor, no ande apuntando, que el hombre las carga y el diablo las descarga.—Otra sandez: cuando yo te *insinúo* la idea de pintar una cosa, no es mi ánimo ni puede serlo que hayas de cojer la paleta y el pincel, sino que pintes con la imaginacion algun cuadro ó escena, que es lo que se llama poesia descriptiva, en que tanto sobresalieron los célebres Addisson, Tompson, La Bruyere, Boileau, Melendez, el P. Mtro. Gonzalez, y otros poetas. Y has de saber que en las provincias están aguardando los cuadros de tus observaciones en la capital bosquejados por tí mismo, y esperan que les representes las cosas en su verdadero punto de vista, ahora que las ves y las palpas de cerca, pues dicen que las pintas muy al natural, que equivale á decir que posees la poesia descriptiva.—Pues mire vd. señor, no lo sabia yo: estaba persuadido que todo

lo que hablaba era prosa, y no muy elegante.—No lo extraño, Titabeque, y eso te hace mucho honor. Y digo que no lo extraño, porque nos eita Moliere un francés, que podía ser tambien Lego como tu, dei cual dice que habló cuarenta años en prosa sin saberlo; con que ¿qué extraño es, que tu no sepas que tienes una imaginativa pintoresca, y que hablas en poesía? Remángate pues y píntame abí en cuatro rasgos bien trazados la audiencia que has visto.—Señor, lo haré á mi modo, por obedecerle á vd.

Pues señor; lo primero que pinto es un portalon grande con una escalera anchurosa y desahogada con tres ó cuatro ranales, que sou el portal y la escalera de los ministerios.—Ya empiezas á truecar el orden sucesivo de las cosas; tu luego te metes en los portales: ¿y dónde dejas al ministro señalando dia y hora para la audiencia?—Señor, le deixo en casa echando un cigarro con diez ó doce Diputados de la mayoría que estan todavia por acomodar. Son las once: de aqui á tres horas se le traigo á vd.—¿Pues no es la hora señalada?—Si señor; pero S. E. no suele venir hasta las dos. Vd. déjeme á mi. Eche vd. por de pronto sobre doscientos ó trescientos cesantes aguardando en la escalera y el portal, que como es gente que despacha pronto sus quehacéres, si se habian de estar llenando de calor en la puerta del Sol, se vienen aqui á tomar el fresco.—Si; me pareció que estaba fresco aquello.—Y tan fresco, que los mas

salen de allí mas frios que la nieve. Por el ramal de la derecha se sube al ministerio de la Guerra; no quiero nada con gente de tropa; y así me subo por la izquierda á donde estan los de Hacienda y Gracia y Justicia. Aquí pinto tres ó cuatro antesalas con otros doscientos ó trescientos pretendientes en ellas.—Echa, echa pretendientes.—¿Que eche pretendientes? Pues no le traiga á vd. aquí otros tres ó cuatro mil que andan por Madrid (sin contar los reclutas), porque esos, cansados ya de atacar por la audiencia, piensan dar el asalto por otra parte. A los de Gracia y Justicia les dejo á un lado del cuadro desahogándose con decir que en aquel *róculo* en que se lee: *Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia* debia borrarse la *Justicia* y quedar solo la *Gracia*; y me voy á las antesalas de Hacienda.

Si yo fuera hombre que lo entendiera, pintaría aquí unas cuantas figuras como las que he visto en aquel sitio, que parece que estaban entregando el alma al Redentor, y que mejor estarian en el cuadro del *hambre de Madrid* que vimos en el *Mosaico*.—En el *Muséo* dirás, bobo.—Es verdad, en el *Muséo*: va uno subiendo tanto, que ya las ideas se *trabucan*. Señor, siento no saber retratar, porque habia de dibujar aquí mismo en este medio tres ó cuatro señoritas que diera envidia, y al lado de las señoritas otros tantos pretendientes que pretenden á un tiempo con ellas y con el ministro. Los demas las miran y se dicen unos á

otros «estas siempre sacarán *raja*: apuesto yo á que S. E. ha tomado ya sus nombres en casa.» Señor, á mi parecer para que los ministros no dieran la preferencia al palmito, todos habian de ser ó muy viejos, ó casados con buenas mozas, como antiguamente entre los Presas y los Chinios.—¿Dónde has leído tu esa especie, embustero?—Señor, no ha de dejar vd. á uno poner nada de su casa: si vd. no me hubiera atajado la palabra, los mas de los lectores creian que era verdad. Pero si no ha sido asi, debia de ser.

Ahora un hombre pensativo paseando solo, y moviendo los labios como repasando la leccion de lo que ha de decir a S. E. Otro sentado en el banco de la paciencia apoyado sobre el baston y con la cabeza baja, y como quien dice: «¿habrá cabron que aguante esto?» Despues unos grupos contándose sus cuitas: «yo le voy á hablar claro, y á decirle: Excmo. Sr. yo ya no tengo un cuarto, siete meses hace que V. E. me está dando esperanzas, y mañana no tengo ya con que pagar la posada; ó mándeme V. E. fusilar ó deme con que comer.» Y le responderá á vd., le dice el otro, lo mismo que me ha respondido á mi: que aguarde quince dias mas, y que si no tengo recursos, que me vaya á comer á su casa. Y así me tiene: amigo, *ni palabra mala ni obra buena.*—Allí dice uno: «¿Y vd. por último en que se ha fijado, amigo?»—Yo solo aspiro á la administracion de un partido: me parece que no es mucho:

tengo treinta años de buenos servicios, veinte y dos de buenos padecimientos, diez de buena emigracion, cuatro de mala cárcel, y dejo seis mil reales de cesantia, cuando la administracion no vale mas que cinco; pero ya se ve; si no pagan.... En fin, segun me ha dicho el subsecretario, debo contar con la plaza. Es verdad que tambien he buscado buenas recomendaciones, y vengo propuesto en primer lugar por la direccion. Y aqui no debe haber falencia, porque yo supe la vacante el correo pasado, y no habrá venido de oficio la muerte del administrador hasta hoy.—¡Hombre, ó demonio! siento decirselo á vd. pero he sabido por casualidad que esa plaza estaba ofrecida á un paisano del ministro para cuando muriera el administrador: si ya no se dá nada por propuestas de las direcciones, hombre de Dios.—Por vida de San Juan me valga, que esto es para ahorcarse un hombre. Los demonios no tienen paciencia para sufrir esto. Si no fuera por la muger y seis hijos que tengo, era capaz de tirarme un tiro.

Mientras estos esperan y desesperan, pasan dos diputados resoplando por la antesala adelante; entran por la puertecilla de la izquierda, y aguardan adentro á S. E. á quien no han visto desde las dos de la mañana. Los pretendientes les miran y unos rien y otros rabian. ¿Va bien el cuadro, Señor?—Sí, pero te faltan ahora las sombras.—Señor, si le parecen á vd. pocas sombras, le pintaré á vd. aqui, aunque sea con tinta, cinco

á seis viudas, con el velo caído.—¿Y cuándo me traes al ministro, hombre?—Señor, tenga vd. un poco mas calma, que con peores tripas le esperan los pretendientes. Há: las dos: aquí le puede vd. ver ya, acompañado de seis Diputados como seis sules, que se entran allí con él de rondon y me le entretienen hasta las cuatro: están salvando la pátria. Aquí pinto doscientos demonios lo mas feos que pueda....—Hombre, ¿doscientos demonios?—Sí señor: tantos como pretendientes hay en las antesalas, porque así ponen las caras de feos al ver á los Diputados entrar escoltando al ministro, como aquellos demonios que dice vd. que pinta el poeta Milton.—Milton, hombre, Milton.—Si supieran ellos los responsos que les quedan echando allá afuera.... ¿cómo se pintan los responsos, señor?—Refiriéndoles, segun ellos los rezáran.—Eilos decían: malos demonios carguen con vuestra estampa, condenados, que no habeis de dejar a los ministros á sol ni á sombra; ¿pues no os basta estar jonjabándole la paciencia todos los días y á todas las horas, sino que tambien habeis de venir al rabo suyo el único rato que destina cada ocho días para oír á los pobres pretendientes? Moléraisle allá á vuestras solas, si quereis destinos para vuestros parientes, y no viniérais aquí con tanto descaro, hijos de un.... Dios me dé paciencia. ¿Va bien el cuadro, Señor?—Un poco pesado var ya podias abrir la audiencia.—Mas pesado iba ello, señor: antes aquí en el papel se pasan luego las

horas: mire vd., todavía van á dar las cuatro: pero ahora mismo se abre la audiencia: ya llamaron dos penitentes.

Sala de columnas: otra sala; sillón del ministro... ya sale un penitente: se rodean todos á él, y le preguntan; ¿qué tal? ¿qué tal?—Bien; dice él muy contento: pienso ser luego colocado: me ha recibido con mucho agrado, y me ha dicho que no me tiene en olvido.—Este es nuevo: dicen los otros: ¡pobre hombre!—Sale el otro... ¿qué tal? ¿qué tal?—Amigos, *ni palabra mala ni obra buena*: como siempre: que sabe mis buenos servicios, que está enterado de que ha sido una intriga, y que me repondrá luego. Lo mismo que me dijo hace cinco meses.—¿Va bien el cuadro, Señor?—No va mal: prosigue, prosigue.—Así poco mas ó menos van entrando y saliendo hasta ocho ó diez; y luego sale un portero á decir que se acabó la audiencia por hoy.—¿Con qué se acabó el cuadro?—Falta el retrato mío no mas.—¿El tuyo?—Sí señor, el mio; que yo entré el último.—Pero hombre, ¿cómo entraste si se había cerrado la audiencia? ¿Cómo te permitió la entrada el portero?—¿Cómo me la permitió? Atropellando por él: ¿Quién es un portero para detenerme á mí? Pues si señor, entré; y me preguntó S. E.: ¿vd. quien es, y qué es lo que vd. solicita?—Su Excelencia (le dije), yo soy Tirabeque, el lego de Fr. Gerundio.—Ola: sí. Amigo, diga vd. á su amo que tengo dadas las órdenas oportunas para que

se pague una mensualidad á los exclaustrados.— Su Excelencia, yo no venia ahora á pedir la pension, sino á decir á S. E. que mi amo y yo estamos en Madrid, y que si S. E. no dá las audiencias de otro modo, y S. E. no hace mas caso de los pobres cesantes que se están muriendo de hambre, y S. E. no ha de tener destinos mas que para los parientes de los Diputados, S. E. llevará algunas capilladas, sin que á S. E. le valga toda la excelencia del mundo: y queda S. E. con Dios que me está esperando mi amo.

Ya acabé, señor. ¿Hé pintado bien?—Pues no has de pintar, hombre? Si eres un Madrazzo, un Goya, un Rafael, un Ticiano, un Apeles.... en fin, eres Tirabeque, y está dicho todo.

